



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
CAMARA DE REPRESENTANTES

Julio Martínez Lamas

**Riqueza
y Pobreza
del Uruguay**

ESTUDIO DE LAS CAUSAS QUE RETARDAN
EL PROGRESO NACIONAL

Montevideo - Uruguay
1996

PROLOGO

I

Existe una tradición arraigada, que narra que al publicarse en 1930 **Riqueza y Pobreza del Uruguay** de Julio Martínez Lamas, su impacto fue tal que algunos arrojaron piedras contra las vidrieras de las librerías que exhibían la obra (1). Después el respeto sepultó a la barbarie y un manto de olvido cubrió primorosamente a ambos, a la pasión y a la razón.

No es frecuente, por lo menos en Uruguay, que el derrotero de un libro que definiríamos como de árido para el gran público, que no invita al escapismo ni proporciona almíbar al *yo* del lector, sea acompañado por una suerte de leyenda, ni que ésta sea bicolor (*negro y rosa*) por imperio de la polarización provocada.

Riqueza y pobreza del Uruguay en realidad nunca fue olvidada. Conoció una segunda edición en el año 1946. Y como si su vida se rigiese por períodos de algo más de diez años fue rescatada a fines de los cincuenta, cuando se comenzó a desarmar el Uruguay que había construido a partir de 1930 el *dirigismo* económico, y se avizoró el fin de la utopía que el triunfo del frigorífico y las exportaciones al Reino Unido habían alimentado durante medio siglo.

Casi treinta años después de nacida pareció destinada a nutrir a un puñado de intelectuales de la generación del *desengaño*, en la que revistaron

(1) Alberto Methol Ferré: *¿Adónde va el Uruguay? - Reflexiones a través del nuevo Ruralismo*. Montevideo, 1958, página 11.

algunos fugaces militantes del movimiento ruralista creado por Bordaberry y Nardone.

La crisis que Martínez Lamas había pronosticado era visible, el modelo económico lucía agotado y mostraba sus flecos. Sin embargo su repercusión fue limitada y fugaz, tan fugaz como la ilusión de que las clases medias rurales, en un país urbano, estaban llamadas a ser el motor de la historia.

Tampoco el tiempo había pasado en vano. En esas tres décadas se había creado la Facultad de Ciencias Económicas, habían nacido la CEPAL. Y cuando se sintió la necesidad de realizar un diagnóstico de la situación social y económica del país no se miró hacia atrás.

Se le encomendó a un equipo de técnicos que elaboró el denominado plan de la CIDE.

El tono autodidacta, el sentido militante y de prédica, el empirismo de **Riqueza y Pobreza del Uruguay**, quedó como testimonio de una época y terminó siendo un grito desgarrador y angustiante proferido en los umbrales de una de las grandes crisis económicas que conoció este siglo.

De ahí en más la obra y su autor pasaron a ser analizados desde las ópticas más variadas como ensayo y como aporte a la historia económica del país la primera, como intelectual y economista el segundo (2).

(2) Alberto Methol Ferré: *op. cit.*

- Carlos Real de Azúa: *Antología del ensayo Uruguayo Contemporáneo*, Montevideo, Universidad de la República, 1964; tomo I, páginas 63 a 84.

- Ulises Graceras: *Los intelectuales y la política en el Uruguay*, Montevideo, Cuadernos de "EL PAIS" N° 3, 1970, páginas 83 y 84.

- Henry Finch: *Historia económica del Uruguay contemporáneo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1980; pp. 180 a 187.

- José Claudio Williman (h) en varios autores, *Contribución al pensamiento económico en el Uruguay*, Montevideo, Academia Nacional de Economía, 1987, páginas 163 a 172.

II

La biografía de Julio Martínez Lamas, como suele suceder con las personalidades polémicas, es fragmentaria e incompleta, llena de esos huecos y recovecos a que obligan la necesidad de preservar el ámbito doméstico y privado de los vendavales del mundo exterior.

Su itinerario vital comenzó en Montevideo, en el mes de diciembre de 1872. Sus padres fueron Victoriano J. Martínez y Máxima Lamas (3).

Siendo joven vivió unos años en Argentina, contratado por una de las empresas de ferrocarriles. Pero no pudo (o se negó) a ocupar cargos importantes por no querer adoptar la nacionalidad argentina. Conoció pues en carne propia el drama de la "emigración" de los hijos de este "país de inmigrantes".

Figuró en la nómina del personal fundador del Banco de la República Oriental del Uruguay, creado en 1896, cumpliendo la función de Gerente de Sucursal. De ahí provendría otra de sus obsesiones, la de advertir sobre la necesidad de capitalizar al sector productivo.

Este es el antecedente más remoto que poseemos de su relación con el Estado. Frecuentemente se señala que fue hasta el final de sus días un *empleado público*. Su opción inicial parece haber sido otra: estudió en la Facultad de Derecho, carrera que abandonó —o debió interrumpir— muy cerca del final. Se especializó en Derecho Aduanero y más tarde se desempeñó como asesor del Consejo de Administración del Puerto (1915).

(3) Arturo Scarone, *Uruguayos contemporáneos*, Montevideo, 1937, página 304.

- Williman, *op. cit.*

- *El Banco de la R. O. del Uruguay en el XXV Aniversario de su fundación 1896 - 24 de agosto de 1921*, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1921, página 68.

- Graceras, *op. cit.*

- Oscar Mourat, *La crisis comercial en la Cuenca del Plata (1880-1920)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1973, página 17.

Era, como casi todos sus contemporáneos, un autodidacta en economía por la ausencia de instituciones académicas donde se desarrollaran esos estudios. Pudo canalizar en parte su vocación como Profesor de la Escuela de Comercio. Y también como servidor del Estado, ya que los números y las operaciones aritméticas lo acompañaron durante gran parte de su vida. Fue director de la Oficina de Estadística Comercial de la Dirección General de Aduanas, director del **Boletín del Ministerio de Hacienda** (1919), Vocal del Consejo General de Estadística (1919), jubilándose del cargo de Director de la Oficina de Estadística Comercial.

La función pública le permitió conocer de cerca el Estado, y las largas series estadísticas el funcionamiento del comercio exterior y de las principales variables de la economía y de la sociedad. Gracias a ella fue un observador privilegiado del país, de ese país que —en el error o en el acierto— tanto le dolió.

Tuvo muy buenos amigos en los dos partidos tradicionales, frecuentando su casa desde colorados como José Enrique Rodó, Pedro y Ricardo Cosío, José Serrato, Feliciano Viera; a blancos como el ingeniero Juan José de Arteaga.

Aplaudido por los sectores conservadores, en ocasiones los diarios **La Mañana** y **El Plata** se hicieron eco de su prédica.

Pero no se le conoce filiación política. La crítica a las divisas tradicionales que aparece en su obra lo llevó a otras definiciones.

Poco después de la edición de **Riqueza y Pobreza del Uruguay** la Federación Rural lo incorporó como socio vitalicio (1931), y fue directivo de la misma a partir de 1932 y por varios períodos. Entre febrero y agosto de 1932 fue delegado ante el Comité Nacional de Vigilancia Económica (4). Esta entidad, fundada en 1929 por iniciativa de la Federación Rural, agrupó a varias de las principales gremiales empresariales, organizó paros patronales, protestó contra el sistema político, el gasto público, los avances del estatismo y la legislación social y otros temas. Sus proyectiles

(4) - *La Mañana*, 1 de octubre de 1931, página 13; 6 de abril de 1932, página 10.
- *La Mañana*, 5 de febrero de 1932, página 4; y 21 de agosto de 1932.

contra el escaparate de la democracia liberal ayudaron a resquebrajar a las instituciones, cuyo derrumbe finalmente se produjo el 31 de marzo de 1933.

Esa militancia suya, en un momento tan tenso de la vida del país, debió responder a convicciones profundas más que a las presuntas piedras que un grupo de exaltados pudieron arrojar en protesta por el contenido del libro.

Es que quizás la definición más acertada sobre Julio Martínez Lamas, la que construyó con sus trabajos en los días del último tramo de su camino, se la de *ideólogo ruralista*.

Este papel —buscado o no— aparenta haber sido desempeñado más por vocación que por algún motivo material, ya que entre las nebulosas de su vida una de las más atrayentes es la de dilucidar si en algún período tuvo intereses en el agro. Sus ocasionales biógrafos coinciden en omitir un punto, y creemos que, de haber sido hacendado o latifundista, por lo menos se hubiese subrayado su experiencia, ya que parece haber inaugurado el sendero —luego reeditado por Nardone— de llegar al foso rural desde la ciudadela urbana.

Le conocemos una vinculación empresarial: en 1928 integró como Síndico-suplente el directorio de “La Arrocería Italo-Uruguaya”, constituida por capitales extranjeros y nacionales (5). Esta empresa, que en 1931 pasó a llamarse “Compañía Industrial y de Producción Agrícola” (CIPA S.A.), fue de las primeras en advertir la potencialidad de las tierras del sureste del país para el cultivo de arroz, cuyo desarrollo en la región aledaña del Brasil había despertado la admiración de Martínez Lamas. Era de uso que para desempeñar la sindicatura se utilizara los servicios de un contable, o de alguien familiarizado con la gestión económica. Si fue accionista de ella debió haber sido más por un acto de fe y de coherencia que por afán de inversión. Se trataba de una agroindustria, organizada como sociedad anónima, que emprendió una actividad toda-

(5) - *Diario Oficial*, 18 de diciembre de 1928, página 2732 c.

vía incierta en sus resultados.

En 1939, cuando se aproximaba a los setenta años, concluyó la vida de Julio Martínez Lamas.

Su obra trató fundamentalmente temas económicos. Como ocurre con ciertas personalidades —y él es una de ellas— gran parte de su legado se encuentra disperso en publicaciones periódicas, a la espera de recopilador que las encuentre y las rescate.

Entre el material édito se destacan: **La situación económica del país** (1919), **Riqueza y Pobreza del Uruguay. Estudio de las causas que retardan el progreso nacional** (1930), **La situación económica del Uruguay** (trabajo presentado en 1932 en el congreso anual de la Federación Rural), **¿Adónde vamos?** s.f.. En 1943 su hijo se ocupó de la impresión del tomo primero (y único conocido) de **Economía Uruguaya**.

III

Real de Azúa ha señalado acertadamente los dos campos en los que todo analista debe posarse para observarlo con atención: el de enfoque económico y el del pensamiento ruralista.

Existen otros posibles, y nos interesa rescatar uno, el de la *instrospección nacional*, esa suerte de raya y suma que después de muchas restas cada tanto la sociedad uruguaya parece sentir la necesidad de producir, y que como si fuese la venganza de Lord Ponsonby (ya que existe la de Moctezuma) comienza o concluye sugiriendo o interrogando, casi siempre en un tono más cercano al escepticismo que a la euforia, acerca de la viabilidad del país, mientras mira con nostalgia los éxitos cosechados en otras comarcas a pesar de la factibilidad de lograr sus florecimientos en esta tierra de promisión.

Como economista Martínez Lamas tuvo ilustres antecesores (Tomás Villalba, Carlos M. de Pena, Francisco Bauzá, etc.), y también contemporáneos (Martín C. Martínez, Eduardo Acevedo, Octavio Morató, Pedro Cosío, Gabriel Terra, Eduardo Acevedo Alvarez, César Charlone,

etc.). La lista podría incluir otras personalidades que desfilaron por la cátedra de Economía Política de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en la que muchos de ellos se formaron (o formaron) en economía y finanzas.

Las fuentes que nutrieron su pensamiento fueron variadas: el liberalismo económico, el positivismo spenceriano, el evolucionismo darwinista, etc.

Hijo de su tiempo, de un tiempo que aún permitía las incursiones por el amplio mundo del conocimiento, sus análisis lograron en ocasiones integrar lo social con lo político y lo psicológico, legando visiones de la realidad matizadas por esa exigencia personal de no reducirla estrechamente a una disciplina.

Su concepción se caracterizó por el énfasis puesto en el imperativo de aumentar las exportaciones en lugar de reducir las importaciones, por el individualismo, por la denuncia de la estructura impositiva, por el papel que le asignó al Estado, por la defensa de un plan armónico de industrialización y su aversión a la manufactura “artificial” que requería de una sólida coraza proteccionista para sobrevivir, por el temor al excesivo gasto público, por su inquebrantable fe en que el porvenir de la república era esencialmente agrario.

Intentó una explicación de las causas y razones del modelo vigente —lo que no debe confundirse con la justificación del mismo— y advirtió sobre la conveniencia de cambiar de rumbo. Por supuesto que el derrotero que hubiese seguido este célebre agorero también lo acercó en algunos puntos, irónicamente, a sus contradictores: necesidad de aumentar la población y crear fuentes de trabajo, crítica al latifundio extensivo, fomento de la colonización agrícola, denuncia del papel expoliador del capital extranjero en la intermediación de granos, etc.

Tampoco fue un solitario como divulgador del credo ruralista, ése por el que siempre se le incluyó entre los representantes más conspicuos del conservadurismo vernáculo, por más que su propuesta estaba alejada del inmovilismo y de la defensa de la ganadería cerril.

Insistió una y otra vez en la naturaleza ganadera del Uruguay y en

el estímulo de su desarrollo para financiar el desenvolvimiento del país. Y hasta se ha dicho que llegó a entregar al Dr. Luis A. de Herrera en tiempos de terrismo un proyecto de reforma agraria que no se impulsó (6).

Partidario del capitalismo agrario, en el que el productor rural fuese el protagonista de los cambios, su pensamiento tuvo muchos puntos de contacto con el de Domingo Ordoñana, uno de los padres de la Asociación Rural nacida en el último cuarto de siglo XIX. La convergencia es constatable en el reconocimiento de la necesidad de erradicar a la estancia patriarcal sustentada por la explotación extensiva, de adoptar tecnología, de incorporar a la agricultura y llegar a la granja, en la convicción evolucionista.

Su incredulidad con la política y sus cultores lo acerca al desengaño de un Carlos Reyles, cuando concluye que es más productivo criar ganado que pronunciar discursos partidarios.

La sed que siente de militar por la causa rural, que asume decididamente en momentos que la Federación Rural se opone a la política económica y social con la que el Consejo Nacional de Administración pretende contrarrestar los efectos de la crisis de 1929, cuando apoya la respuesta golpista del terrorismo, el herrerismo y el riverismo; lo emparentan con el combativo José Irureta Goyena y su idea de que la acción debía acompañar a la reflexión.

Irureta Goyena, Reyles, y también Domingo Bordaberry, se encontraron entre los promotores de la fundación de la Federación Rural en 1915. Y es en el programa y en las páginas de la revista de esta institución (nacida para contener el estatismo, los gravámenes a la propiedad territorial, los proyectos de legislación social y otras novedades con las que Batlle y Ordóñez atemorizó a algunos sectores), en los que se pueden hallar algunos antecedentes de las preocupaciones y enunciados que Martínez Lamas recogió, lo que por cierto no siempre implica una conciencia total entre las fuentes y su obra.

(6) Williman, op. cit.

Tales son por ejemplo la denuncia de la miseria rural y sus consecuencias, el apoyo condicionado a cierto tipo de industrialización, el papel del crédito, algunos problemas de la comercialización agropecuaria. En la percepción de los avances económicos del capital extranjero la revista fue más lejos aun. En los años veinte la Federación Rural e Irureta Goyena atacaron, aunque fugazmente, el egoísmo de algunas empresas internacionales radiadas en el país, sin olvidar que la Federación apoyó con entusiasmo la creación en 1928 del Frigorífico Nacional, destinado a liberar a la ganadería nacional del cerco del monopolio de los frigoríficos anglo-norteamericanos (7). Este atisbo de nacionalismo económico no era contradictorio con el modelo de desarrollo abierto al mundo ni con el librecambio, ya que lo que a los ganaderos les resultaba incongruente eran los monopolios que anulaban la libertad de comercio, fijaban los precios de la producción agropecuaria y de los fletes ferroviarios y decidían los límites de la rentabilidad del sector.

IV

Sobresalió como buceador del ser y del destino nacional, siguiendo un camino en el que encontró otros compañeros de ruta, como Angel Floro Costa con su *Nirvana* (1880), Francisco Piria en sus impresiones sobre este *país de llorones*, y en cierta medida, décadas después, Mario Benedetti en sus denuncias del *país de la cola de paja*.

Este tipo de ensayo suele proporcionar al lector respuestas sobre la amarga interrogante de si alguna vez los uruguayos se propusieron ser iguales a sí mismos, ya que frecuentemente ve desfilar distintos modelos—casi todos europeos—que son esbozados como ideal de país: Suiza de América (el más conocido y uno de los más persistentes en el tiempo pues sus raíces se hunden en el siglo XIX), Bélgica, Dinamarca. En ocasiones

(7) Raúl Jacov, *Aspectos económicos del Programa de la Federación Rural en la década del veinte*, en *Hoy es Historia*, N° 30, Noviembre-Diciembre de 1988.

el radio territorial es más modesto y se lo refiere al sub-continente (América del Sur) o a la comarca (Cuenca del Plata). En otras, se concluye que lo verdaderamente importante es la primacía de Montevideo, y se le busca un espejo en el que mirarse: Atenas del Plata, Amberes del Plata, etc.

Los problemas de la identidad nacional —su arraigo y desarraigo, su crisis— trascienden a la idea y al sentimiento; tienen un correlato económico. Todo proyecto de país es también proyecto económico y proyecto social. Sus avances, estancamientos y retrocesos, invitan a la reflexión.

En tal sentido **Riqueza y Pobreza del Uruguay. Estudio de las causas que retardan el progreso nacional** integra un díptico con **¿Adónde vamos?** Si la primera refleja a un autor algo escéptico pero esperanzado, la segunda deja cierto desasosiego, el de la comprobación de la existencia de inercias estructurales, inconsecuencias humanas y frenos externos. Pocos años las separan. Pero son suficientes para dejar entrever que el mundo en el que están insertas es diferente, a pesar de la reiteración de algunos argumentos y la similitud de algunas situaciones.

En rigor Martínez Lamas había sido testigo del ascenso de un nuevo Uruguay y de la decadencia de otro; y también del despertar argentino.

En 1914, en respuesta a una consulta hecha por algunos comerciantes, había explicitado las fuentes del progreso económico. En primer lugar la producción agropecuaria. En segundo lugar el comercio de tránsito, el pasaje y sobre todo la reventa de mercaderías en la región y su pago en frutos y productos naturales por los estados vecinos (8). Esa dilatación comercial de las fronteras del país dejaba beneficios por las transacciones, por los fletes y seguros, por los negocios bancarios. Esta concepción de *país prestatario de servicios* —como hoy se le denomina— estaba ya acorralada al comenzar la primera gran guerra, en que se produjo la crisis del patrón oro, en el que había encontrado uno de sus

(8) Mourat, *op. cit.*, página 100.

sustentos. Cuando en la década del treinta escribió **¿Adónde vamos?** no hizo otra cosa que constatar su decadencia: la carga embarcada y reembarcada en 1936 en el puerto de Montevideo en toneladas efectivas había disminuído a poco más de la mitad con respecto a las cifras de 1897.

En la vieja pugna portuaria entre Buenos Aires y Montevideo, la primera, que había inaugurado su moderna infraestructura portuaria ya a fines del siglo XIX (Montevideo lo hizo a comienzos de la presente centuria) logró descontar sus desventajas naturales.

La inauguración en la década del diez del canal de Panamá redefinió el rol atlántico del país. Parte del tráfico entre el Atlántico y el Pacífico prescindió del cruce por el estrecho de Magallanes y de Montevideo como puerto de escala.

Los riograndenses abrieron la barra de Río Grande, en la desembocadura de la Laguna de los Patos, y construyeron un puerto artificial que comunicó a su estado y Porto Alegre con ultramar. La afirmación de los estados nacionales se hizo en función del diseño radial de sus ferrocarriles y de la conexión de éstos con la salida al mar.

Montevideo fue para Martínez Lamas la *bomba de succión* de la campaña, la ciudad que trasmutaba los rebaños por palacios de mármol y granito mientras el campo se despoblaba por obra de un latifundio que no podría cambiar por falta de capitales; para otros fue el emblema de la modernización, y los impuestos a la propiedad rural el instrumento para provocar la división de los latifundios.

La aldea no sólo logró transformarse en ciudad, también alcanzó la hegemonía sobre su territorio; consolidó su posición con el fin de la guerra civil en 1904, y los tratados de límites con Brasil en 1909; con el ferrocarril y el telégrafo; con la imposición de una red bancaria estatal. La República Oriental del Uruguay que en 1930 festejó su centenario no ocupaba el mismo espacio de la antigua Banda Oriental, y distaba de tener la incidencia que le pudo proporcionar la integración soñada por Artigas. Tampoco de sede de sus decisiones radicó en el litoral, como lo hizo fugazmente durante el artiguismo, o en el centro, como lo estableció, también efímeramente, el Jefe de la Cruzada Libertadora. Aun así el

dominio de Montevideo fue atenuado por la relación dual, ambivalente, que con ella y los países vecinos mantuvieron el litoral y la frontera. La diversificación productiva (agricultura-industria) con la que se intentó sortear la rigidez del modelo agroexportador y de intermediación regional, no hizo más que ahondar las diferencias entre la capital y su zona de influencia y el resto del país.

Los cambios tecnológicos, el "progreso", tendieron a debilitar el factor local, el peso de las subregiones.

La primicia del frigorífico y la consiguiente declinación del saladero que comprobó Martínez Lamas jugó en el mismo sentido. El saladero, que utilizó un tipo de ganado de inferior calidad que el frigorífico, podía abastecerse de materia prima con facilidad y localizarse en cualquier punto del territorio con vías de comunicación que lo conectasen con los mercados consumidores. Hacia 1912-13, en que triunfó el frigorífico, el grado de mestización del ganado dejaba aun mucho que desear. El frigorífico se instaló en Montevideo, cuyo puerto recibía los buques especializados en el transporte de carnes enfriadas y congeladas. En 1930, de cuatro frigoríficos existentes, tres estaban en la capital y uno en el litoral.

El frigorífico significó una revolución para la ganadería nacional, y el ganado mestizado la consecuencia de un segundo proceso de modernización que también fue acompañado, como antes el alambramiento, de liberación de mano de obra.

Pero ya a finales de la década del veinte, pasados los buenos precios que había traído la conflagración europea, eran perceptibles los signos del estancamiento ganadero.

La demanda de vacunos y de ovinos quedó sujeta a los acuerdos alcanzados por los frigoríficos extranjeros para el transporte y el acceso de las carnes a los mercados consumidores. Estos establecimientos reconocieron espacios económicos antes que países, y fijaron tarifas diferenciales para la producción de Argentina, Uruguay y Brasil; para las carnes enfriadas, congeladas y las conservas.

Ambas partes se acusaron mutuamente en la búsqueda de culpables

de la realidad. Para los industriales el grado de refinación del ganado uruguayo dejaba mucho que desear y su oferta era estacional. Los productores alegaban que todo se debía a que los precios que se les abonaba por sus reses desalentaba las mejoras, y que en esa suerte de "división del trabajo" se les reservó preponderantemente la provisión de carne congelada y en conserva, cuyo valor era inferior al de la enfriada. En vísperas de la fundación del Frigorífico Nacional, acontecida en 1928, quien repase los argumentos, las declaraciones, y la fundamentación con que se la acompañó, puede hallar insinuada la existencia de otra *bomba de succión*. Martínez Lamas percibió el desplazamiento en muchas áreas del capital nacional y el dominio en otras del extranjero, en particular a partir de 1911, en que comenzaron a afinar filiales de empresas internacionales como consecuencia de su proceso de multinacionalización. Quizás no fue totalmente consciente, como no lo fueron muchos de los contemporáneos, de las transformaciones sufridas por el comercio mundial y de los mecanismos de intermediación que deterioraban los términos de intercambio y afectaban la balanza de pagos. El mundo del tasajo, su exportación a Brasil y Cuba, y la navegación en veleros agonizaban sin remedio. El patrón oro no lograba ser reimplantado totalmente.

Automotores, carreteras, combustibles, constituían la avanzada tecnología del ascenso norteamericano; y los préstamos de sus banqueros y la presencia de sus empresas la posibilidad de acceder a la modernización.

El éxodo rural —a los centros urbanos, a la capital, y a otros países— fue un factor de estabilidad para la propiedad rural, que no sufrió la presión demográfica que en otras regiones concluyeron con insurrecciones campesinas por el hambre de tierras. *Los pueblos de ratas* que se multiplicaron a la vera de las estancias, descritos en ocasiones como antros de promiscuidad, le proporcionaron mano de obra estable y estacional. De ahí en más la alteración del binomio latifundio-minifundio, los cambios en la estructura de la propiedad y en las formas de explotación, quedaron librados a la voluntad de los hacendados o a la acción del Estado.

La economía metropolitana debió proveer de medios de vida tanto a los migrantes internos como a los externos. En tal sentido la política de obras públicas y la construcción privada, así como el desarrollo de la industria y de la burocracia, y del trabajo informal, dinamizaron el mercado laboral.

Obras públicas, estatismo e industrialización eran algunos de los soportes de ese nuevo tiempo contra el que arremetió Martínez Lamas, y que algunos genéricamente denominan *Uruguay batllista*.

El censo de 1908 había consignado la existencia de poco más de un millón de habitantes, y el alto grado de urbanización del país. Se estima que entre esa fecha y 1930 la población aumentó poco más de un sesenta por ciento, mientras que la de la capital se duplicó, pasando de un cuarto a un tercio del total.

El optimismo sobre nuestras posibilidades demográficas era sólido. Lo reflejaron los artículos de Luis C. Caviglia en la década del veinte, recogidos años después en la obra **Estudios sobre la realidad nacional** (1952), y que constituyen un antecedente de los escritos de Martínez Lamas. Y antes, la carta con la que en 1910 el ex-presidente Batlle y Ordóñez aceptó su nominación como candidato a la Presidencia de la República para un nuevo período constitucional: dentro de fronteras podría instalarse una población veinte veces más numerosa de la que sustentaba para lo que era necesario hacer al proletariado las concesiones que ya se le otorgan en otros países (9).

La invitación a la inmigración fue acompañada con la promoción de las bondades raciales de quienes habían afinado en la región (principalmente españoles e italianos), y en la conciencia sobre la extensión del territorio que se ofrecía.

Estos dos aspectos parecen haber sido importantes. Los textos de enseñanza de la época insistían en la ausencia de indios y en el escaso número de negros; y en que deducidas las selvas, montañas y desiertos

(9) Carta de Batlle y Ordóñez fechada en París el 10 de agosto de 1910, *Suplemento EL DIA*, 22 de noviembre de 1956.

que caracterizaban otras geografías, la República Oriental del Uruguay no era tan pequeña, pues en su superficie cabían Bélgica, Holanda, Dinamarca y dos veces Suiza. Eran las precisiones a la que obligaban las enormes dimensiones de Argentina y Brasil, potenciales competidores en la atracción de la fuerza de trabajo extranjera.

La última de las grandes olas del proceso inmigratorio arribó en los años veinte, aportando no menos de cien mil personas cuya edad promedio era de alrededor 25 años. En gran medida provino del centro y del este de Europa, y de Asia Menor, y fue portadora de hábitos y habilidades novedosos. Pero no alteró mayormente el paisaje rural, por más que se fundaron algunas colonias agrícolas y el Banco Hipotecario estatal inauguró una sección para fomentar la colonización.

La *bomba de succión* y los centros urbanos del interior retuvieron a casi todos los que se quedaron. Si bien muchos comenzaron como trabajadores informales, la ciudad les proporcionaba esperanza. La de mejorar sus condiciones de vida, la de educar a sus hijos, la de ascender socialmente.

Martínez Lamas (y otros) siguieron insistiendo en la necesidad de estimular la colonización agrícola. Pero para ello eran necesarias tierras y capitales.

La tierra estaba ocupada y los capitales fugaban pero no exclusivamente en forma de impuestos; también para radicarse en el sistema bancario, en casas y terrenos, en hipotecas y en deuda pública; en busca de una mayor (o más cómoda) renta, apuntalaban directa o indirectamente un estilo de desarrollo del que —a juzgar por sus dichos— abjuraban.

V

Riqueza y Pobreza del Uruguay debió de haber caído como un balde de agua helada en aquel eufórico Uruguay que festejaba el primer Centenario de su Carta Magna. por supuesto que quienes se regodeaban

con los éxitos de hierro, cemento y bronce, con los triunfos deportivos, no se podían sentir mellados por la vibración producida por un libro.

Sobre todo si hacían un balance de los logros de la década que finalizaba. La nacionalidad parecía afirmada después de esa rara ocasión de poder celebrar dos episodios tan trascendentes como los cien años de la declaratoria de la Independencia y de la Constitución. Artigas y el gaucho finalmente fueron honrados por Montevideo con sendos monumentos que se erigieron en lugares de privilegio. El fútbol proporcionaba la gloria mundial que otros habían buscado en los campos de batalla.

La capital del país era una ciudad en construcción. Calles, avenidas, ramblas y parques lucían engalanados con modernos edificios y casas. El capital privado y el público la estaban poniendo al día.

Martínez Lamas parecía ensañado en señalar problemas y buscar responsables. Aunque su obra era discutible, lo que nadie podía ignorar era que el mundo estaba en crisis. Por mucho que algunos no eran conscientes, y otros dudaban, en pocos meses se despejó el panorama. También Uruguay estuvo en crisis.

Cayeron la moneda y las exportaciones, se restringieron las inversiones extranjeras, cundió la desocupación, se redujo el consumo, la industria y el comercio sufrieron las consecuencias.

En realidad, si lo que el autor pretendió fue alertar sobre el futuro que se avecinaba, o sobre las bases endebles del optimismo reinante, llegó tarde.

Y ésta fue su paradoja. El momento en que dió a luz su obra la iluminó de cierto anacronismo. Sus soluciones eran para un mundo que había sido, o estaba dejando de ser.

Hasta los campeones del librecambio se vieron obligados a ser proteccionistas. En lugar de aumentar las exportaciones sin reducir las importaciones, en 1931 se debió implantar el control de cambio y la limitación del ingreso de la manufactura extranjera. Al año siguiente Gran Bretaña cuotificó el ingreso de las carnes a su mercado.

El Estado no pudo prescindir de intervenir en la emergencia, y la economía comenzó a encaminarse rumbo al dirigismo.

Los desocupados clamaban por trabajo, y las soluciones pensadas para crearlo eran mantener el gasto público, extender el dominio industrial del Estado, proteger la industria, desarrollar la agricultura y mejorar la ganadería, poner trabas a la libre inmigración.

Quizás esto explique el porqué de su militancia junto a los hombres de la Federación Rural.

Y también su posterior **¿Adónde vamos?**. En definitiva, el nuevo tiempo prometido por los conductores de la autodenominada Revolución de Marzo, que comenzó en 1933, no pudo romper totalmente con el pasado.

Por otra parte el apoyo de los ganaderos fue limitado. El decreto de cultivo obligatorio de la tierra no gozó de sus simpatías, alejando la posibilidad de que el latifundio evolucionase hacia la explotación mixta y la granja.

Vuelto el país a su normalidad institucional, tampoco se desmanteló el obrador de disposiciones y regulaciones con las que a partir de 1931 se había comenzado a reestructurar la economía. No estábamos solos en el mundo y la sociedad uruguaya mostraba sus inercias.

Raúl Jacob

Montevideo, 1995.